

UNIVERSIDADES Y ODS

Federico Mayor Zaragoza

Presidente de la Fundación Cultura de Paz

La palabra clave de las Naciones Unidas que se constituyeron al final de la segunda guerra mundial según el magnífico diseño del Presidente Franklin Delano Roosevelt, para que nunca más pudiera repetirse, gracias a un eficaz multilateralismo democrático, una guerra de las abominables características de la que acababa de terminar, era “compartir”, partir con los demás; “cooperar”, es decir, trabajar juntos. Y “convivir”, vivir juntos... para que se afanzaran en una interacción permanente, la diversidad infinita que representa cada ser humano con los puntos de referencia que les unen, de tal modo que pueda proclamarse como fundamento de todos los demás principios éticos *la igual dignidad de todos los seres humanos*.

Y, en consecuencia, para compartir y cooperar adecuadamente, era necesario definir las características de *un desarrollo* a escala global que permitiera a todos vivir dignamente en sus lugares de origen. Y así, desde los años sesenta a los años ochenta, especialmente, se debatió en la Asamblea General sobre las características que debía tener el desarrollo: debía ser no sólo económico sino social y cultural, en suma, integral; debía ser endógeno, de tal manera que los nativos adquirieran progresivamente los conocimientos y técnicas que les permitiera beneficiarse también de la utilización de sus riquezas naturales; debía ser, como preconizó en los años ochenta la Comisión presidida por el Primer Ministro noruego Gro Harlem Brundtland, sostenible, de tal modo que se reemplazaran aquellos recursos que, por ser finitos, podrían, cuando faltaran, afectar negativamente la habitabilidad de la Tierra. Y, como compendio de las características reseñadas, debía ser, sobre todo, “humano”, como se propuso en el excelente libro sobre “Desarrollo con faz humana” que publicó el Administrador Adjunto de UNICEF, Richard Jolly, en 1989.

La humanidad debía “ser guiada”, según se establece lúcidamente en el preámbulo de la Constitución de la UNESCO, por los “principios democráticos” de la justicia, la libertad y la solidaridad”. Solidaridad “intelectual y moral”, ya que no se trata sólo de aportar bienes materiales en situaciones de socorro, sino de intercambiar conocimientos y experiencias, movidos por los principios éticos que deben orientar el comportamiento cotidiano.

Cada ser humano único capaz de crear, la esperanza común. Es preciso procurar que todos puedan ejercer plenamente las facultades distintivas de la

Enviado: 10/12/2015
Aceptado: 15/12/2015

especie humana: pensar, reflexionar, imaginar, anticiparse, inventar. Todos distintos pero todos unidos por unos cuantos valores universales. Y esta unión requiere, como hoy se aprecia con tanto apremio, un contexto multilateral en el que, como se indica en el mismo inicio de la Carta de las Naciones Unidas sean “Nosotros, los pueblos...” los que propongan, debatan y decidan las pautas de gobernación a escala mundial.

En 1945, no pudieron ser “los pueblos” los que intentaran poner en práctica la razón misma de ser de la ONU: “evitar el horror de la guerra a las generaciones venideras”. Porque sólo fueron Estados los que compusieron la Asamblea General y, como ha sucedido desde el origen de los tiempos, un poder absoluto masculino ha tenido a escala local, nacional, regional y global, las riendas del destino común.

“Si vis pacem, para bellum”, ha sido el perverso adagio que se ha seguido invariablemente hasta nuestros días. La inmensa mayoría de los seres humanos nacía, vivía y moría en unos cuantos kilómetros cuadrados, desconocía lo que acontecía en el mundo y no podía manifestar sus pensamientos. Desde hace tan sólo dos décadas, progresivamente, gracias a la tecnología digital, sabemos lo que sucede, devenimos ciudadanos del mundo, somos capaces de manifestar nuestros puntos de vista y actuar en virtud de las propias reflexiones y no al dictado de nadie... y, lo que es más importante, la mujer —“piedra angular de la nueva era” según el Presidente Nelson Mandela— participa a buen ritmo en la toma de decisiones a todos los niveles. Ya no lo hace de forma mimética, como era lógico que sucediera cuando por razones dinásticas ocupaba fugazmente los escenarios del poder, sino por las cualidades que la distinguen. “El hombre sólo excepcionalmente no utiliza la fuerza. La mujer sólo la utiliza excepcionalmente”, me decía en Pretoria en 1996...

Ahora, por primera vez en la historia, ya es factible imaginar que sean “los pueblos” los que decidan construir la paz teniendo en cuenta a las generaciones venideras. Es apremiante hacerlo, porque nos hallamos urgidos por procesos potencialmente irreversibles —tanto sociales como medioambientales— que podrían alcanzar puntos de no retorno si no adoptamos, convencidos plenamente de la emergencia a la que hacemos frente, medidas correctoras inmediatas.

Para la movilización de “los pueblos” es preciso que los más educados, los más “libres y responsables”, según la magistral definición de la UNESCO, se sitúen en la vanguardia de la emancipación popular. La educación superior, como su nombre indica, es la que debe catalizar, proponer, persuadir... de la necesidad de cambios radicales y urgentes. Las comunidades científica, académica, artística, intelectual en suma, deben dejar de ser espectadores impasibles de lo que acontece y deben *convertirse en actores y protagonistas de las transformaciones que con tanto apremio se requieren*.

Nos encontramos frente a dos grandes desafíos: la puesta en práctica de las medidas que pueden moderar el cambio climático, y los objetivos de

desarrollo sostenible, complementarios para garantizar que el legado de las generaciones actuales a las venideras no sea una “casa desvencijada y fría”.

Pero no podemos olvidar que el neoliberalismo marginó a las Naciones Unidas, sustituyó los valores democráticos y éticos por los bursátiles y trasladó buena parte de las funciones propias del Estado a consorcios privados. No hubo dinero para financiar los Objetivos del Milenio (ODM) que con tanto rigor se habían preparado para los albores de siglo y de milenio. Los “mercados”, todopoderosos, han llegado en su acoso al poder político, a nombrar, con una desfachatez increíble, gobiernos sin urnas en Grecia, cuna de la democracia, y en Italia... El resultado está a la vista: han disminuido hasta prácticamente desaparecer las ayudas al desarrollo; la brecha social ha aumentado de tal forma que puede conducir al uso de la violencia; la insolidaridad es manifiesta... y los brotes xenófobos y fanáticos nos alertan e inducen a la acción. Me gusta repetir que es absolutamente intolerable, desde todos los puntos de vista, pero sobre todo desde los principios éticos que deben guiar nuestro comportamiento cotidiano, que cada día mueran de hambre y desamparo varias miles de personas, la mayoría niñas y niños de uno a cinco años de edad, al tiempo que se invierten en armas y gastos militares 3000 millones de dólares.

La única posibilidad, por tanto, de llevar a la práctica, en bien de todos, los Objetivos de Desarrollo Sostenible y los acuerdos de la Cumbre de París sobre el medioambiente es, como ha propuesto el International Peace Bureau, Premio Nobel de la Paz 1919, el “*desarme para el desarrollo*”. Es una solución que todo el mundo debe ahora propugnar, de tal manera que se den cuenta los que siguen obcecados en mantener una situación que puede llevar, en muy poco tiempo, al propio deterioro de las condiciones de vida digna en la Tierra, porque no sólo se facilitan los fondos necesarios sino que se mantienen las condiciones de seguridad que, coordinadas por unas Naciones Unidas refundadas y respetadas por todos, asegurarían la estabilidad a escala planetaria. Sería suficiente con el 20-25% de los gastos actuales en armamento para que pudieran cumplirse las prioridades fijadas por las Naciones Unidas desde hace años: alimentación para todos; acceso al agua potable; servicios de salud de calidad; cuidado del medioambiente; educación y paz.

Los ODM eran ocho, y no se han llevado a la práctica. Los ODS son 17. Es imperativo que se conviertan rápidamente en realidad y, para ello, es preciso un gran clamor popular, una resuelta actitud por parte de la mayoría de los ciudadanos, que debe ser, como antes indicaba, *liderada por las universidades e instituciones científicas, artísticas e intelectuales*. Con este liderazgo podría reclamarse un giro copernicano en la actual situación europea, donde los “mercados” han permitido únicamente establecer una unión *monetaria*, cuando lo que precisamos es una unión política y económica con una fiscalidad justa y razonable.

Las autorizadas voces del Presidente Obama, del Papa Francisco y del ex Presidente Mikhail Gorbachev se han unido para reclamar una atención urgente

a la extrema pobreza, al cambio climático y a la amenaza nuclear... y también el eco de su llamamiento ha sido silenciado por el inmenso poder mediático actual. En una declaración conjunta (<https://declaracionconjunta.wordpress.com/>) hemos propuesto que, en una Sesión Extraordinaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas, se abordaran las acciones frente a los desafíos propios de procesos potencialmente irreversibles, al mismo tiempo que se adoptara una “hoja de ruta” para la refundación de un multilateralismo genuinamente democrático.

No podemos seguir de espectadores impasibles. Este gran clamor popular debe ser fomentado en primer lugar por las universidades para permitir que “los pueblos” puedan, por fin, llevar a cabo la inflexión histórica de la fuerza a la palabra.

El poeta guatemalteco Otto René Castillo escribió en la década de los 70 un poema del que extraigo los versos siguientes: “Un día / los intelectuales / apolíticos / de mi país / serán interrogados / por el hombre / sencillo / de nuestro pueblo. / Se les preguntará / sobre lo que hicieron / cuando / la patria se apagaba / lentamente / como una hoguera dulce, / pequeña y sola”.

No lo olvidemos: las universidades pueden representar un papel crucial al frente de las instituciones que pueden lograr el “nuevo comienzo” que con tanta clarividencia preconiza la “Carta de la Tierra”.

Sesión inaugural. Encuentro de Cátedras UNESCO de España, celebradas en València los días 23, 24 y 25 de noviembre de 2015.

